

Golpismo y Fuerzas Armadas

General (r) Sergio Poblete

Diversas declaraciones publicadas por *El Mercurio* de Santiago, principalmente en su número extraordinario del once de septiembre de 1974 —primer aniversario del golpe de Estado— señalan que Augusto Pinochet comenzó a planificar el derrocamiento del gobierno popular exactamente el día de las elecciones presidenciales que arrojaron como resultado el triunfo de Salvador Allende, es decir, el cuatro de septiembre de 1970.

El propio Pinochet confirma lo anterior en su libro *El día decisivo*, al señalar que la misma noche de la elección presidencial comentó “el peligro” del arribo de un hombre de izquierda al poder ejecutivo, con los oficiales del cuartel general en su oficina de la jefatura de la plaza de Iquique. Sin embargo, nada impidió que Pinochet ocupara sucesivamente los cargos más influyentes y pudiera, desde ellos, desarrollar su estrategia contrarrevolucionaria.

Después del cuatro de noviembre de 1970, ya instalado el gobierno del presidente Allende, encontramos a Pinochet desempeñándose como comandante en jefe de la 2ª división del Ejército, es decir, al mando de todas las unidades de esa institución, con sede en la provincia de Santiago. Posteriormente ocupó el cargo de comandante general de la guarnición militar de Santiago, con ingerencia directa en unidades, regimientos, institutos y escuelas de las tres instituciones de la Defensa Nacional, además de Carabineros e Investigaciones (policía civil) de Santiago. Después fue nombrado inspector general del Ejército, cargo que le permitió recorrer a su antojo las diferentes guarniciones del país.

Poco antes del golpe, Pinochet fue nombrado jefe del estado mayor general del Ejército; entonces se rodeó del grupo de oficiales que planeó, hasta en el más mínimo detalle, la traición a la patria que habían jurado defender, pa-

ra lo cual tomaron contacto con los “hombres de confianza” de las otras instituciones armadas. Así se coordinó el golpe con los estados mayores generales y las academias de guerra.

Paralelamente a lo anterior, Pinochet y otros generales y oficiales de las tres

armas no desperdiciaban ocasión para desprestigiar ante sus subordinados y aún ante civiles la gestión del gobierno y el Presidente. Cuando el jefe del ejecutivo retiró su confianza a tres generales de la Fuerza Aérea y se tomaron medidas para darlos de baja —incluyendo al comandante en jefe de esa institución— era ya demasiado tarde.

Estos antecedentes demuestran que el gobierno popular facilitó la preparación de su propio derrocamiento por medio de un traidor que, finalmente, alcanzó el grado de comandante en jefe del ejército de Chile, tras la renuncia del general Carlos Prats.

Respaldo imperialista

Conviene ahora sintetizar los hechos que, considerados aisladamente, parecían carecer de relevancia pero, una vez aglutinados, permiten comprender cómo las tres instituciones de las Fuerzas Armadas y Carabineros lograron cohesión y entendimiento, superponiéndose a sus diferentes formaciones, a sus celos, envidias y otras dificultades interinstitucionales, y se coordinaron para escribir conjuntamente la página más negra y deshonrosa de la historia de Chile.

Entre los motivos que provocaron

la ruptura entre el gobierno constitucional y las Fuerzas Armadas de Chile, conviene señalar los siguientes: desde hacía muchos años éstas habían comenzado a prepararse para un golpe en caso de que un hombre de izquierda alcanzara la primera magistratura. Ya en 1964, cuando la reacción interna y los EEUU temían el triunfo de Salvador Allende sobre su verdadero candidato, Eduardo Frei, la Fuerza Aérea de ese país (por encargo del Pentágono y del Departamento de Estado) envió a Chile —poco antes de las elecciones presidenciales— varios aviones con armas, equipos de comunicaciones y de represión. Estos aviones eran descargados por la noche en el aeropuerto de Los Cerrillos, en Santiago, y su contenido se repartía inmediatamente entre las tres instituciones armadas y Carabineros.

Al mismo tiempo, en todas las unidades, se implementaron los “grupos antidisturbios”, cuya misión sería la represión urbana. El organizador y coordinador de esta operación fue el general Máximo Errázuriz, entonces jefe del estado mayor de la Defensa Nacional, asesorado por un agente de la CIA, el general W. Heitmann W.

En cuanto al golpe militar fascista de 1973, la Armada y la Fuerza Aérea

obtuvieron armas directamente de los EEUU, pese a que los créditos estaban cortados. para obviar este inconveniente, la Armada hizo una colecta cuyos fondos se destinarían a adquirir armas para la Infantería de Marina, en la cual logró reunir, poco antes del golpe, cien mil dólares. Por su parte, la Fuerza Aérea envió aviones a retirar los equipos adquiridos, cuyo costo alcanzó al millón de dólares. No es difícil deducir que tanto el saldo impago de armas y equipos así como otros elementos suplementarios, fueron "obsequiados graciosamente" por la Fuerzas Armadas estadounidenses.

Coincidentemente, en agosto de 1973, fueron embarcados en Amberes, Bélgica, y con destino a Chile, armas con un valor superior a los seis y medio millones de dólares. El barco que las transportaba llegó a Valparaíso el once de septiembre.

Desconocimiento de militares

Otro factor importante en la implementación del golpe de Estado fue el desconocimiento total —por parte de los dirigentes políticos de la izquierda— de la mentalidad militar, de las ambiciones profesionales de los oficiales, de su apreciación acerca del gobierno y su programa, incluyendo la forma de realizar sus medidas, etcétera. Las Fuerzas Armadas no recibieron nunca información directa acerca de la gestión gubernamental; las respuestas a sus inquietudes fueron siempre dadas por sus propios jefes. La derecha, en cambio, mantenía una coordinación perfecta con los militares.

Por otra parte, los gobiernos del Frente Popular pretendieron "democratizar" las Fuerzas Armadas sin tener una política definida al respecto ni comprender las posibles consecuencias de este hecho. Así, se alentó el ingreso masivo de ciudadanos de origen humilde a las Escuelas de Oficiales; se aumentaron las becas y las plazas para oficiales del escalafón proveniente de la

tropa; se elevó a coronel el grado máximo para ellos, (actualmente, Pinochet lo ha elevado a general).

¿Cuáles fueron los resultados de esa "democratización"? Al momento del golpe, la mayor parte de los mandos altos y medios de las Fuerzas Armadas eran oficiales promovidos por la política de apertura del Frente Popular. Estos, junto a los oficiales provenientes de la tropa, fueron los más representativos.

En cuanto a la presencia de militares en el gobierno, ésta fue sólo un parche, situación de la cual ellos estaban plenamente conscientes. Sin embargo, contaron con la posibilidad de darse cuenta de los errores de la administración, del desentendimiento y tensiones entre los dirigentes políticos de los partidos de la Unidad Popular acerca de problemas vitales, así como también de las dificultades planteadas por el *cuoteo* político.

Es conveniente recordar que los ministros militares eran nombrados por sus comandantes en jefe de la respectiva institución armada (que actuaban como jefes de partidos políticos), y sólo teóricamente respondían ante el Presidente de la República. Estos ministros informaban a sus superiores de todo cuanto sucedía en sus respectivas carteras, de cuanto se trataba en los consejos de gabinete, donde las opiniones no eran, la mayoría de la veces, favorables a los representantes militares en el gobierno. Todo cuanto ocurría, las decisiones que se adoptaban, los conflictos entre ministros civiles, etcétera era informado a los jefes militares que, a su vez, lo estudiaban, criticaban y analizaban, ya sea en los consejos de generales o de almirantes, para mantener un panorama actualizado de la situación general del país.

Por otra parte, generales de reconocida tendencia fascista participaron en el gabinete del Presidente Allende. Como ejemplo, podemos citar al almirante Ismael Huerta, nombrado

después del golpe, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Pinochet, quién fue ministro de Obras Públicas en el gobierno popular.

Otro hecho grave y del cual los responsables políticos de la Unidad Popular tuvieron conocimiento oportuno, fue que varios oficiales leales al gobierno fueron desplazados y arrinconados por su condición de tales, sin que aquellos dirigentes tomaran medida alguna para impedirlo o repararlo.

El desconocimiento de la mentalidad militar por parte de los políticos de izquierda —que aludimos anteriormente— les hizo creer que era posible conquistar con promesas ingenuas e infantiles a algunos marineros, y que a través de ello sería posible quebrar la unidad de las Fuerzas Armadas. El resultado fue exactamente opuesto; primero, porque no se tomó en cuenta la *verticalidad de mando*, la *jerarquización* y la *disciplina*, características de las Fuerzas Armadas chilenas; segundo, por la carencia de conocimientos teórico-políticos e ideológicos y de posiciones progresistas definidas de los contactados. El intento no sólo resultó fallido para la izquierda, sino que significó un llamado de alerta para las tres instituciones armadas que implementaron de inmediato medidas preventivas.

Cantos de sirenas

A todo lo anterior es necesario sumar otros elementos. Teóricamente, los subsecretarios de las Fuerzas Armadas debieron ser enlace permanente entre éstas y el gobierno. En la práctica, estas funciones no se cumplieron por parte de los oficiales en dichos cargos, quienes se preocuparon especialmente de sus intereses personales, la mayoría de las veces contrarios a los del gobierno.

El presidente de la república estaba convencido de la lealtad de las Fuerzas Armadas, tantas veces ratificada, y ni siquiera los antecedentes, hechos y nombres que se le proporcionaron

LO PRIMERO ES LO PRIMERO

"Por lo general, llego entre siete y cuarto y siete y media a La Moneda. Primero recibo la información del jefe de Inteligencia; luego la de la prensa y, por último, la que proviene del exterior. A continuación recibo al jefe de la Casa Militar."

Augusto Pinochet, *Qué Pasa* núm. 544, Santiago de Chile, 10 al 16 de septiembre de 1981.

oportunamente lograron que el jefe del ejecutivo cambiara de opinión.

La burguesía, por su parte, se fijó como tarea prioritaria comprometer e implicar en sus intereses a los altos mandos de las Fuerzas Armadas. Por ejemplo, cuando un coronel era ascendido a general, recibía dentro de las 48 horas siguientes tarjetas que lo acreditaban como miembro del Club de la Unión, del Club Hípico, del Club de Golf (el presidente de la Federación de Golf de Chile era un general de la Fuerza Aérea), del Hipódromo, etcétera. Más del 95 por ciento de ellos no había tenido oportunidad de pisar algunos de esos lugares anteriormente. El ingreso de los generales en tales círculos "exclusivos" les permitía contactos con una clase social que envidiaban y que desde ese momento en adelante les colmaba de atenciones, les invitaba a sus recepciones, a sus fiestas, a sus casas de campo, en resumen, los integraba a su estilo de vida.

En cuanto a los miles de oficiales y suboficiales chilenos que, gracias a las becas, siguieron cursos en las bases y escuelas militares de EEUU —ya sea en ese país o en Panamá—, recibían atenciones que iban mucho más allá de lo que las reglas de cortesía y urbanidad señalaban. Incluso se les decía abiertamente que, apoyando a los EEUU, adhiriéndose al bloque occidental y permitiendo en su propio país la presencia de las multinacionales, los militares podrían alcanzar los niveles de vida estadounidenses, porque "las multinacionales proporcionaban trabajo a miles de obreros que de no ser por ellas estarían cesantes; el trabajo engrandecía al país y, por ende, todos vivían mejor..." Esta "ideología" encontraba buen terreno en muchos de los oficiales y, obviamente, ella los separaba progresi-

vamente del proyecto del gobierno popular.

Preparación psicológica

Entre tanto, los altos mandos militares, navales y aéreos —con la inspiración, colaboración e implementación de la CIA, del Pentágono y del Departamento de Estado norteamericanos— realizaban una preparación psicológica de los miembros de las Fuerzas Armadas chilenas (así lo ha reconocido el director de la CIA ante la comisión especial del Senado de EEUU). Dicha preparación consistió, entre otras cosas, en difundir "confidencial e internamente" el imaginario y famoso Plan Z, base de la motivación bestial y sanguinaria de militares, marinos, aviadores, carabineros y policía civil, además de los civiles fascistas del grupo Patria y Libertad. Como se sabe, el supuesto Plan Z consistía en la masacre de alrededor de seis mil militares y civiles de derecha, y sería llevado a cabo conjuntamente por oficiales y suboficiales y por fuerzas paramilitares de la izquierda.

Tal motivación dió sus frutos. El consejo de guerra de la Fuerza Aérea llevó la farsa hasta las últimas consecuencias e incluso inculcó como "jefe del plan al general de la Fuerza Aérea de Chile, Sergio Poblete". Hoy en día existe el consenso general al interior de las Fuerzas Armadas chilenas de que tal plan fue un invento. Pero el miedo latente ante las denuncias, el espionaje y la consecuente represión impide que alguien manifieste su conocimiento de la farsa.

Subordinación aparente

Como resumen de lo expuesto, pode-

mos decir que uno de los factores principales que allanaron el camino a los militares golpistas —y no sobra reiterarlo— fue el desconocimiento absoluto, por parte de los políticos de izquierda, del pensamiento militar y de la geopolítica, aunado a la falta de contacto real con los militares, especialmente en el plano político. Cabe destacar que, salvo conversaciones ocasionales de algunos oficiales con amigos de colegio o universidad que en el momento ocupaban cargos de gobierno, no existió ninguna forma de comunicación destinada a informar a los militares por parte de los dirigentes de la Unidad Popular.

La falta de una política definida del gobierno hacia los militares se tradujo, por ejemplo, en razonamientos tan simples como pensar que nombran a Alejandro Ríos Valdivia como ministro de la Defensa era una garantía de obediencia por parte de los generales y coroneles de ejército, que 30 años antes habían sido sus alumnos de historia geografía en la Escuela Militar.

Otro factor fue que el poder militar no estuvo nunca subordinado al poder político de manera efectiva. Esta subordinación tuvo un carácter teórico, y un buen ejemplo de ello es el caso de los marineros, detenidos y torturados en agosto de 1973, situación que no pudo evitar ninguna de las intervenciones parlamentarias o del Ejecutivo.

Falta de política

Con respecto a la incorporación de mandos de las fuerzas armadas en las actividades políticas, sociales, económicas y técnicas del país, ésta tuvo lugar en el último periodo del gobierno popular, pero sin orientación adecuada. De este modo, y debido a la prolonga-

SERVICIAL Y CONSIDERADO

"Su madre (. . .) comenta que lo que más le sorprendía de su primer hijo, cuando era niño, era su espíritu de servicio. 'Siempre andaba pidiéndome, que 40 centavos, que 60 centavos para dárselos a un mendigo, a una mujercita pobre.' Añade su hermana Nena (. . .): 'Siempre tuvo gestos de consideración hacia los demás. Recuerdo, hace años, cuando yo vivía en Bolivia porque mi marido era de ese país, tenía que tomar el avión a las cinco de la mañana para regresar desde Chile. Nadie se ofreció; sólo él, en una actitud totalmente espontánea; 'No te preocupes, Nena, me dijo, mañana yo te llevo'. . ."

Referencias de su madre y una de sus hermanas sobre Augusto Pinochet.

Qué Pasa núm. 544, Santiago de Chile, 10 al 16 de septiembre de 1981.

da marginación de los militares de este tipo de actividad, su encuentro con la realidad les produjo una reacción negativa acerca de la dirección del país.

Esto, aunado a su desconocimiento acerca de las verdaderas causas de los problemas que se enfrentaban (o a informaciones distorsionadas), dio por resultado que fueran proclives a la incitación golpista que se implementaba desde la más alta jerarquía de sus instituciones.

Tradicionalmente, las Fuerzas Armadas habían sido empleadas para casos de emergencia y generalmente en contra de la clase trabajadora (en paros, huelgas, manifestaciones de protesta o de solidaridad, etcétera); esto generó un resentimiento mutuo que era muy difícil de superar sin esa política hacia las Fuerzas Armadas que nunca existió.

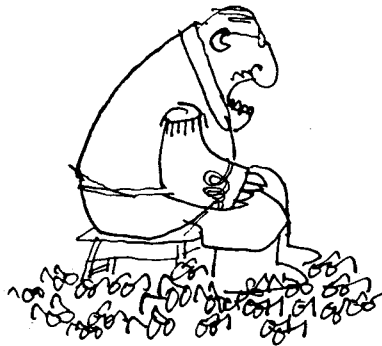
Por último, los mandos y destinaciones en todos los niveles de las instituciones armadas eran dispuestos por los comandantes en jefe, los que actuaban de acuerdo con sus propias concepciones políticas e intereses y no de acuerdo con los del gobierno. El Presidente de la República solamente ratificaba los nombramientos y destinaciones previamente firmados por el comandante en jefe correspondiente; muy rara vez pedía su revisión o cambio, dado que esto significaba una desautorización, y por lo tanto, una falta de confianza hacia aquél.

Status y democracia

En cuanto al retorno a una normalidad democrática "clásica", es necesario tomar en cuenta la situación actual de las Fuerzas Armadas. Tienen el poder total, controlan todas las actividades del país y a sus habitantes. Tienen una situación económica privilegiada desde todo punto de vista: sueldos, pensiones, casas, automóviles, vida social, etcétera. Desde el punto de vista profesional disponen de numerosos y sofisticados armamentos y equipos, además de instrucción militar y para su empleo de alta calidad. Oficiales de todos los grados disfrutaban de viajes por todo el mundo y por períodos prolongados. En lo social, han alcanzado el más al-

to nivel que jamás pudieron ambicionar.

Acerca del papel que las Fuerzas Armadas pudieran jugar en el posible retorno a la democracia clásica, éste estaría supeditado a su interés en no perder ninguno de los privilegios derivados de la dictadura: exigirían el mantenimiento de su actual estatuto eco-



nómico-social, así como el mantenimiento del actual 50 por ciento del presupuesto nacional que se invierte en la llamada "Defensa Nacional". Exigirían también mantener sus actuales actividades "profesionales" con los mismos elementos materiales que hoy manejan.

De lo dicho se deduce que las Fuerzas Armadas, en esas condiciones, serían una espada de Damocles para cualquier gobierno y, en otras, un peligro por su "insatisfacción" al no ver satisfechas sus aspiraciones.

En lo estrictamente teórico y profesional, las Fuerzas Armadas lucharían por mantener su ingerencia en la conducción del país; en otras palabras, lucharían por compartir el poder con los civiles.

Una opción diferente

Este análisis plantea algunos problemas para los dirigentes políticos, en términos de mantener la situación económica y social privilegiada de que gozan actualmente las Fuerzas Armadas, a la vez que lograr una recuperación económica y social del país, luego de la catástrofe propiciada por la dictadura

en ambos terrenos. Se considera que estos dos aspectos fundamentales son imprescindibles de resolver para alcanzar un mínimo de estabilidad política, sin olvidar que las Fuerzas Armadas seguirán siendo omnipresentes en todas las actividades, aún cuando supuestamente accedieran a un acuerdo para permitir la participación de civiles



en la conducción del país.

Ahora bien, respecto de cuál sería la mejor opción del tipo de régimen y gobierno para Chile, hay quienes opinan que es recomendable llegar cuanto antes a una "democracia compartida" con los militares; otros —los más, algunos en el exilio, la mayoría en el interior— nos declaramos por una opción diferente, aquella por la cual han muerto decenas de miles de compatriotas, por la cual el pueblo de Chile sigue enfrentando el sacrificio diario que le impone la dictadura, aquella por la cual sacrificó su vida el heroico Presidente Allende. Optamos, en definitiva, por una solución que implique una patria en la cual impere la justicia, en la que el pueblo elija a sus autoridades, cree sus instituciones, establezca una verdadera democracia. Una patria que tenga sus Fuerzas Armadas, para sí misma, al servicio de Chile y su gente, y no en su contra, para defender la libertad y la dignidad de todos los chilenos, participantes en la reconstrucción de una patria nueva.

Esa es nuestra opción. Ahora corresponde a los políticos proponer una solución de alternativa a la dictadura pinochetista que el pueblo chileno acepte y haga suya. ❧